

Reseña

Martínez Moctezuma, Lucía y Antonio Padilla Arroyo (2006).
Miradas a la historia regional de la educación, México: CONACYT/UAEM/Miguel Ángel Porrúa.

DE REGIONES E HISTORIA DE LA EDUCACIÓN

DANIELA TRAFFANO

De regiones e historia de la educación nos hablan los trabajos recopilados por Lucía Martínez Moctezuma y Antonio Padilla Arroyo en su libro *Miradas a la historia regional de la educación*, recientemente editado con el sello de CONACYT, UAEM y Miguel Ángel Porrúa. Esta obra colectiva, como se explica en el prólogo, se gestó en el IX Encuentro Internacional de Historia de la Educación, celebrado en 2004 y recoge algunas de las ponencias presentadas en aquella ocasión.

Sus autores, si bien provienen de experiencias de formación académica diversas y se han desempeñado en distintas disciplinas como historia, antropología o sociología, en esta ocasión comparten intereses académicos estrechamente vinculados con la educación: su historia, actores, metodologías, retos o resultados.

A dicho de los coordinadores, su publicación pretende contribuir a ampliar y profundizar en el debate teórico y metodológico alrededor de la idea misma de la “historia regional de la educación”. Esto a partir de un esfuerzo de formulación de análisis historiográficos, finalizado con la construcción de “regiones educativas” y con base en estudios de caso donde se recuperen experiencias escolares y fuentes primarias generadas desde las regiones, sus contextos y sus actores educativos (Martínez y Padilla, 2006:5-7). Para esto presentan un total de 13 ensayos que se pueden sistematizar en dos grandes ejes temáticos: el primero presenta una serie de reflexiones y consideraciones teóricas en torno a la historia regional y a la historia regional de la educación, así como planteamientos metodológicos y analíticos para estas disciplinas;

Daniela Traffano es investigadora del CIESAS Pacífico Sur, CE:daniela_traffano@yahoo.com

e l segundo, reúne las aplicaciones de tales teorías y se concreta en trabajos un poco más “clásicos”, es decir, en estudios de caso ya sea relativos a actores específicos del escenario educativo o a zonas –regiones– político-administrativas o geográficas determinadas.

En el primer grupo de trabajos encontramos una amplia revisión de estudios relativos a la historia regional que nos conduce de la mano a las *razones de ser* de la historia regional de la educación. Sólo como ejemplos quiero mencionar el ensayo de Manuel Ferraz, donde el autor presenta una conceptualización de la historia regional asignándole la tarea primordial de “destejer extrañas interpretaciones del pasado y desenmascarar los mecanismos de desarrollo de la sociedad en su conjunto, utilizando distintos observatorios de análisis que permitan elaborar diferentes categorías de conocimiento” (Martínez y Padilla, 2006:29).

Como Ferraz, Elsie Rockwell insiste en la importancia de la historia regional en cuanto respuesta a una tradición historiográfica centralista, centralizadora, uniformadora y asimétrica; en cuanto respuesta a la que se ha llamado “historia nacional” que en realidad ha sido, en su mayoría, una historia del centro de México. Frente a esta situación la historia regional de la educación ha recogido el reto, por un lado, de relativizar la historia vista desde el centro del poder, aquella fundamentada *en* y temporalizada *por* los documentos oficiales producidos en la capital de la República y, por el otro, el reto de descubrir y describir la riquísima heterogeneidad que caracteriza las realidades del país. Finalmente, de la importancia del rescate de la complejidad y especificidad de la historia regional de la educación, nos habla también Antonio Padilla en su ensayo sobre Morelos entre finales del siglo XIX y principio del XX.

Alrededor de este primer eje se recogen también unas propuestas de sistematización y estudio de los datos rectores de las investigaciones sobre historia de la educación en ámbitos “regionales”; propuestas que ofrecen unidades de análisis como las “regiones educativas” o la construcción de variables que permitan la comparación. Un ejemplo interesante en este sentido, y el más logrado a mi parecer, lo encontramos en el ensayo de Ariadna Acevedo, que plantea la identificación de variables clave en el desarrollo del sistema educativo, unidades de análisis más adecuadas para tales variables y, finalmente, posibilidades que la historia regional de la educación abre al estudio comparativo; esto con la finalidad de “poner atención no sólo a lo que hay de particular en nuestro pueblo o región

sino a lo que tenga de representativo de un conjunto más amplio e, incluso, a lo que tenga de universal...” (Martínez y Padilla, 2006:187).

Usaremos la propuesta de Acevedo, que aplicó su planteamiento teórico trabajando como variables el financiamiento de la escuela y los problemas del lenguaje en el aula y, como unidades de análisis, unos municipios de la Sierra Norte de Puebla entre 1873 y 1930, para introducir los ensayos que integran el segundo gran eje que caracteriza este libro.

Aquí encontramos reunidas aportaciones a la historia de la educación más empíricas, enfocadas en la presencia de actores o entidades específicos o en el devenir de los procesos educativos en zonas geográficas, políticas o administrativas delimitadas. Para el primer caso podemos apuntar a los ensayos de Lucía Martínez Moctezuma, que presenta la influencia que tuvieron los alumnos de las normales rurales de Cuernavaca y Oaxtepec –en el estado de Morelos– entre 1926 y 1934; o el trabajo de Lorena Mejía Mancilla que, bajo una perspectiva de género, analiza el papel clave de las Sociedades de Madres de Familia en el diálogo entre escuela y sociedad. Pero también hay que señalar a los educadores franciscanos que evangelizaron Quintana Roo o a las escuelas mixtas de Morelos, que Martínez Sánchez estudia también con la finalidad de matizar y particularizar los proyectos educativos nacionales.

En relación con las “regiones” delimitadas, la mayoría de los trabajos presentan generosas contextualizaciones económicas y/o poblacionales de las zonas presentadas que, por lo general, se complementan con cuadros estadísticos y consideraciones cuantitativas. Citaré, sólo como ejemplo, la investigación de Alcira Soler que, comparando datos duros sobre educación y analfabetismo relativos a los estados de Oaxaca y Chiapas, nos entrega las bases para una reflexión más cualitativa y el sustento para aquel esfuerzo analítico regional que se plantea en los ensayos teóricos de nuestro primer eje, ausente en este caso.

Quiero concluir esta breve reseña elogiando el esfuerzo que los autores y, sobre todo los coordinadores, hicieron para presentar una síntesis entre aportes teóricos sobre historia regional de la educación y trabajos empíricos de aplicación de las teorías.

Una síntesis que se caracteriza por introducir un abanico de propuestas que, si bien en esta ocasión no encuentran el espacio para profundizarse en todas sus particularidades y no siempre presentan aportes teóricos y empíricos balanceados, seguramente empujan a una serie de reflexiones

importantes. Entre ellas destaca que el empeño en entender, explicar, sistematizar y “defender” la historia regional (cualquiera que sean la acepción de su significado o el área de interés) nos ayuda a no perder la perspectiva cuando planteamos hipótesis e investigaciones desde la provincia o la periferia. En este sentido, es importante insistir en que, si nuestro interés no se enfoca a la crónica o el anecdotismo, entonces nuestro deber será reconocer y señalar las diversidades de experiencias para explicar cómo han contribuido a la formación, en el tiempo y en el espacio, de un sistema más global.

Finalmente, un reconocimiento a este libro que plantea y sostiene con argumentos analíticos e investigaciones académicas, la importancia de una historia regional de la educación que sepa mirar, explicar y relativizar lo nacional desde lo local.